

**CORONA FUNEBRE**

CONTENIENDO

**LAS PIEZAS LITERARIAS  
LEIDAS EN LA VELADA QUE LOS AMIGOS  
DEL SR. GENERAL D.**

**PEDRO BARANDA**

**CONSAGRARON A SU MEMORIA,  
EN LA CAPITAL DEL ESTADO  
DE TABASCO.**

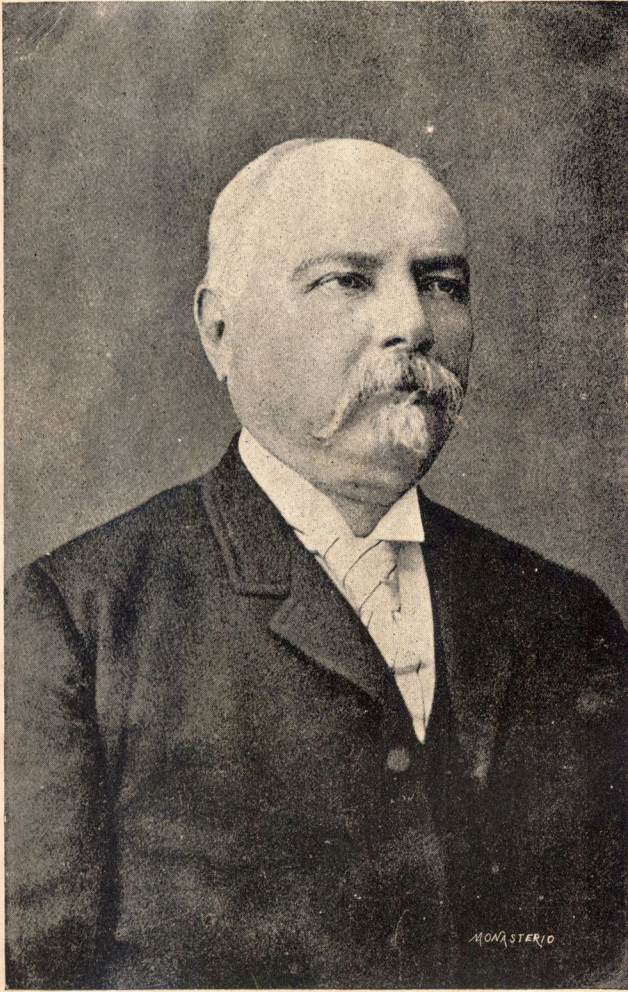


**Tipografía de Juan S. Trujillo.**

Calle de N. Saenz, número 12.

---

**1891.**



**CORONA FUNEBRE**

A LA MEMORIA DEL GENERAL

**Pedro Baranda.**

# CORONA FUNEBRE

CONTENIENDO

LAS PIEZAS LITERARIAS

LEIDAS EN LA VELADA QUE LOS AMIGOS DEL

SR. GENERAL D.

## PEDRO BARANDA

CONSAGRARON A SU MEMORIA,

EN LA CAPITAL DEL ESTADO

DE TABASCO.



Tipografía de Juan S. Trujillo,

Calle de N. Saenz, número 12.

---

**1891.**

---



BIBLIOTECA  
CAMPECHE

CRONICA.





## CRONICA

por J. C. Santa-Anna.

---

**DESDE** que el telégrafo nos notició la muerte del benemérito General Pedro Baranda, acaecida en el vecino Estado de Campeche, sorprendiéndonos con la triste nueva en la mañana del 24 de Julio último; los numerosísimos amigos que contó siempre en esta Ciudad el ilustre finado, comenzaron á proyectar la celebración de una velada fúnebre en honor á su memoria, como una muestra de la gratitud de los tabasqueños para con uno de sus servidores más distinguidos y heróicos en épocas de verdadera prueba para el país.

Los Sres. Lic. M. Sánchez Mármol y León Alejo Torre, que entre los amigos del meritísimo ciudadano que hoy llora y echa de menos la Patria dolorida, eran los más allegados é íntimos, hicieron circular una invitación por ellos suscrita, desde el 1º de Agosto, citando á varias personas de esta sociedad para una junta con el objeto de acordar los honores póstumos que habrían de tributarse al conspicuo patricio.

Uno sólo de los invitados no faltó á la cita, reuniéndose en el despacho del Sr. Lic. Sánchez Mármol los señores siguientes: Calixto Merino,

José M<sup>a</sup> Maldonado, Enrique Gil Hinójar, Canuto Búlnes, Coronel Andrés C. Sosa, Alberto Correa, Román Mestas, José de Cué, Gabriel Virgilio Contreras, Pedro G. Vargas, Juan Correa, Lic. Antonio Hernández, Pánfilo Maldonado, Lorenzo Ponz, M. Martínez Güido, Pedro Payán, Fidencio P. Nieto, Lic. J. C. Santa-Anna, José González Lamadrid, Juan Graham, Fernando Sastre, Lic. Rodolfo Brito, José M<sup>a</sup> Graham, José M<sup>a</sup> Ochoa, José Julio Valdez, José Bernot, Pantaleón Totosaus, Lic. José María García, Antonino Búlnes, Baltasar García, José M. Puig y Enrique de la Torre.

Allí, desde luego se acordó la celebración de la velada; se eligió al efecto una Junta Directiva, que es la misma que suscribe la invitación que más abajo insertamos; se nombraron las comisiones respectivas, se preparó todo, en fin, sin que un sólo detalle se olvidara, reuniéndose entre los concurrentes una regular cantidad de dinero con la que se cubrieron holgadamente los gastos necesarios.

Vencidas las dificultades con que la Junta Directiva tropezó á los principios, dificultades que provenían de falta de recursos en la localidad para actos de la naturaleza del que se trataba de llevar á cabo, no pudo celebrarse la velada sino hasta el día 5 de Septiembre según la siguiente invitación, y en el orden establecido por el programa que al pié de ella figura.

#### INVITACION.

Los suscritos, en nombre de los amigos del que fué Don Pedro Baranda, General del Ejército de la República, Senador del Congreso de la



Unión y Jefe de la 11ª Zona militar, tenemos el honor de invitar á Ud. á la velada fúnebre que en honor á su memoria se celebrará en el salón de la Jefatura de Hacienda, en esta Capital, la noche del día 5 del corriente.

San Juan Bautista, Septiembre 3 de 1891.

*C. Merino. Andrés C. Sosa. Canuto Búlncs.  
José M. Graham. J. C. Santa - Anna.*

PROGRAMA.

- I. MARCHA Y FANTASIA de la Opera *JONE (Petrella)* por la orquesta, dirigida por el Profesor Sr. G. Eskildsen.
- II. ORACION FUNEBRE, por el Sr. Lic. Simón Parra.
- III. *CUJUS ANIMAM, (Rossini)* transcripción de W. Kuhe, ejecutada al piano por la Srita. Matilde Vera, con acompañamiento de violín y violoncello, por los Sres. Eskildsen y J. Ferrer.
- IV. APOTEÓISIS. Composición poética por el Sr. León Alejo Torre.
- V. MARCHA FUNEBRE "A la memoria del General Baranda" (*G. Mª Espinosa,*) ejecutada al piano por las Sritas. Estela Sánchez y Dolores Vidal, con acompañamiento de violín y violoncello.
- VI. ELOGIO FUNEBRE, por el Sr. Lic. M. Sánchez Mármol.
- VII. *DIES IRÆ (Rossi,)* cantado por las Sritas. Jacoba Vázquez, Carmen y Merced López, Maclovia Orlaineta y Josefina Palencia, con acompañamiento de piano y orquesta.
- VIII. ODA FUNEBRE, por el Sr. Eutimio Enríquez.

- IX. MISERERE de la Opera EL TROVADOR (*Verdi,*) ejecutada al piano por la Srta. Luisa Correa, con acompañamiento de violín y violoncello.
- X. SONETO HEROICO, por el Sr. Gabriel Virgilio Contreras.
- XI. RAYOS DE ORO, Nocturno (*Smith,*) ejecutado al piano por la Srta. Dolores Vidal, con acompañamiento de violín y violoncello.
- XII. MARCHA DE LA CORONACION de la Opera EL PROFETA, (*Meyerbeer,*) ejecutada al piano por el Sr. Tomás Guerediaga, con el mismo acompañamiento.
- Final, FAREWELL, (*Anónimo,*) por la orquesta.

El local designado para la solemnidad fué el palacio de las oficinas federales, ofrecido al efecto por el Sr. Presidente de la República, por medio de un galante telegrama que dirigió al Sr. Lic. Parra.

El adorno del edificio, encomendado á la dirección de los Sres. Gil Hinójar y F. Sastré, no dejó nada que desear, siendo notable la austera elegancia del salón principal, el perteneciente á la Jefatura de Hacienda, el cual profusamente iluminado como estaba, ofrecía un aspecto imponente y severo.

En uno de los extremos de dicho salón, veíase el túmulo enlutado ostentando al frente el nombre del Sr. General Baranda y en la parte superior el busto del mismo, con la bandera nacional rodeada de negro crespón.

En el opuesto lado hallábase la plataforma en que se instalaron, tanto la Junta Directiva co-

mo las señoritas y caballeros llamados á tomar parte en la velada.

La concurrencia fué selecta y distinguida, notándose entre ella gran número de señoras y señoritas, que lucían riquísimos trajes de riguroso luto.

Al sonar las ocho de la noche el Sr. C. Merino, Presidente de la Junta Directiva, dió la señal de estilo y la orquesta ejecutó la fantasía de Petrella anunciada en el programa; terminada la cual, el Sr. Lic. Parra con voz reposada y sonora leyó la oración fúnebre que le estaba encomendada y que ocupa en estas páginas el lugar de honor que le corresponde.

Quisiéramos aquí ocuparnos extensamente de esta pieza oratoria de indiscutible mérito, en la que no se sabe qué agrada más, si lo elegante de la forma ó lo elevado del concepto; pero la naturaleza de esta erónica empece la realización de nuestro deseo, obligándonos á seguir adelante sin detenernos más.

Después del Sr. Lic. Parra tocóle su turno á la Srita. Matilde Vera, quien con la maestría que todos la han reconocido siempre, llenó la parte del programa que la estaba encomendada.

Leyó en seguida nuestro estimable y modesto vate D. León Alejo Torre unas rotundas y sonoras estrofas que revelan todo el estro y la siempre lozana inspiración del autor, quien en medio de los azares de la vida ha logrado conservar incólume su amor por el sublime arte apolíneo al que desde su más tierna edad consagró culto ferviente.

Las Sritas. Estela Sánchez y Dolores Vidal, ejecutaron á cuatro manos con todo el primor de que ellas solas son capaces, la marcha fúnebre que

el conocido compositor tabasqueño D. Gil M<sup>a</sup> Espinosa, compuso y dedicó á la memoria del Sr. General Baranda.

Tomó luego la palabra el Sr. Lic. Sánchez Mármol y leyó el elogio fúnebre encomendado á su brillante pluma, elogio que, con ser larguísimo, logró cautivar de tal suerte la atención de la concurrencia con la galanura del estilo y la abundancia de datos biográficos que contiene, que el tiempo se deslizó inadvertido para los oyentes. Aquí, como al referirnos al discurso del Sr. Parra, nos dolemos de no poder disponer de espacio suficiente para el elogio de pieza literaria tan acabada, aunque su mérito no necesite encomios puesto que él por sí sólo se revela y se impone.

Las notas terríficas y conmovedoras del *Dies iræ*, esa grandiosa concepción del arte, puesta por éste al servicio de los terrores supersticiosos enjendrados por la leyenda cristiana, para vencer y dominar los arranques de nuestra rebelde y pecaminosa carne; las notas terríficas del *Dies iræ*, decíamos, entonado por las Sritas. Jacoba Vázquez, Carmen y Mercedes López, Maclovía Orlaineta y Josefina Palencia, vinieron á sacudir nuestro espíritu y á trasportarnos con el pensamiento excitando nuestra fantasía, á la hora tremenda del juicio inapelable que, si hemos de creer en la leyenda, habrá de colmar de réprobos los insaciables antros del infierno.

El pasante de jurisprudencia D. Eutimio Enríquez, leyó en seguida con acento viril y robusto una oda que, si no es un dechado de perfección, revela por lo menos en su autor, talentos no muy comunes.

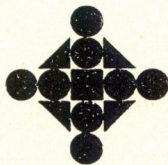
La inteligente Srita. Luisa Correa, ejecutó

admirablemente el *Miserere* del "Trovador," con acompañamiento de violín y violoncello, dando muestra una vez más de las envidiables aptitudes que para la música posee.

Tocóle el turno al Sr. D. Gabriel Virgilio Contreras, y con ademán elegante y fácil dicción leyó un soneto heróico, que mereció la acogida más favorable.

Para terminar diremos que tanto la Srita. Vidal en la ejecución del nocturno titulado "Rayos de Oro" como el Sr. Tomás Guerediaga en la de la marcha de la Coronación, de la Opera "El Profeta," estuvieron felicísimos.

En términos generales, podemos asegurar que pocas veces se ha celebrado en esta ciudad una velada fúnebre con la pompa y la esplendidez que la dedicada á la memoria del ilustre General Baranda; que ella fué, no sólo digna de aquel, sino también del patriotismo y la gratitud de los tabasqueños, quienes una vez más han probado que no saben dejar en el olvido á quien supo obligar su gratitud con acciones nobles y generosas en bien del Estado y de la democracia.



ORACION FUNEBRE.



## ORACION FUNEBRE

por el Lic. Simón Parra.

---

SEÑOR GOBERNADOR,

SEÑORAS Y SEÑORITAS, SEÑORES:

**E**RA su luz la luz indeficiente del astro rey; intensa y clara, llena de efluvios, que con su calor comunicaban entusiasmo y vida.

Era un gran ciudadano, un hombre público distinguido y eminente, un servidor constante de la Nación, leal y solícito amigo, cariñoso padre de familia, cumplido caballero, hidalgo en su porte, irreprochable en su proceder. . . . Mas, ¿en dónde está y quién sea esa individualidad que pudo reunir tan extraordinarias dotes, hasta constituir un ser notoriamente superior?

¡Tan ilustre personalidad se acaba de extinguir! Pero los espléndidos rayos de su inteligencia clarísima, iluminan todavía los horizontes que recorriera en su providencial existencia, como al ocultarse el sol poniente á nuestra vista, quedan aún sus magníficos fulgores, engalanando el cielo con fantásticos celajes de arrebol.

¡Se acaba de extinguir! Y nosotros que aún conservamos en nuestros oídos el timbre sonoro y apacible de su fresca y persuasiva voz, resistimos dar ascenso á la espantosa realidad de su desaparición, porque no es posible conformarse jamás con la ausencia sin fin de un ser entrañablemente querido, á quien tantas veces estrechamos contra nuestro corazón en la intimidad cordial de la franca y leal amistad, que como pocos, él sabía inspirar y mantener.

La muerte, Señores, esa fatídica representación de la nada, que parece haber jurado guerra de exterminio á la naciente República de México, cercenándole sus heroes, acaba de sorprender en su camino á uno de esos hombres, que aún en el descenso de su vida, constituyen todavía un mundo de esperanzas, sintetizan un principio, y son inexpugnable valladar contra todo género de opresión.

¡Se acaba de extinguir! dijo la electricidad en el cabalístico lenguaje que el hombre obligola á pronunciar!

¡Se acaba de extinguir! repitió la prensa del país, con frases de intensísimo dolor!

¡Y la nueva adquirió en seguida las proporciones de la sombría realidad!

En efecto, el veinticuatro del mes de Julio último y en las horas primeras de la mañana, el telégrafo anunció el fallecimiento del ilustre mexicano Don Pedro Baranda, Senador al Congreso de la Unión, General de Brigada y Jefe de la 11ª Zona militar, ocurrido á la una y treinta minutos del mencionado é infausto día, causando la noticia inquietud indefinible, general, amarga y desesperante impresión, porque si para unos fué el finado cordial afectuoso amigo, ó decidido protector, pa-



ra todos ha debido ser considerado como una de las glorias nacionales, como uno de los grandes hombres que concurrieron con el entusiasmo de la juventud y de las grandes ideas, á formar el pedestal de ese templo glorioso erigido á la libertad y consagrado en la Capital de la República el 5 de Febrero de 1857, en el Código fundamental de la Confederación mexicana.

Estamos, Señores, en derredor de una tumba y contemplamos un cadáver, el del egregio General Don Pedro Baranda; pero entre nosotros y él existe la distancia que mide la eternidad. El patriotismo lo eleva ante nuestra consideración al olimpo de los inmortales, en donde moran los héroes; cúbrelo el manto sagrado del respeto de la Nación, y los manes del glorioso muerto que presiden en esta solemnidad, maldecirían á aquellos de entre nosotros, que ante el féretro venerable de aquel dignísimo ciudadano, pudieran sentirse satisfechos con el aciago acontecimiento cuya recordación nos reúne en este lugar. Aquí venimos los que nos consideramos llamados por la amistad y el cariño, para referir en familia los brillantes episodios de que está llena la existencia del esclarecido Campechano, quien como magnífico amigo, como liberal sin tacha, como apóstol del progreso y de las instituciones republicanas; como servidor de la República y como firme sostenedor del glorioso nombre, que tan ilustre como grande recibiera, no ha tenido entre sus contemporaneos muchos imitadores.

Al traspasar el ínclito finado los umbrales de la eternidad, ha dejado para la historia de la patria y para honra de su familia, una épica leyenda, que inmortalizará su nombre. Llena su vida de

rasgos grandes y generosos, así como de meritorios y múltiples servicios al país en general, pero especialmente al suelo predilecto en que tocóle surgir á la existencia, México guardará en sus anales, para inscribirlo entre los de sus grandes hombres, el nombre ilustre del patricio que acaba de morir, sosteniendo en sus robustas manos la bandera nacional.

Permitidme por tanto, Señores, la licencia de haceros una relación, aunque incompleta, de los actos más principales que constituyeron la vida pública de nuestro magnánimo general, así como de algunos de sus rasgos característicos, en lo que concierne á su vida íntima, en medio del hogar y de sus numerosos amigos, porque deseo justificar ante vuestro ilustrado criterio, que es justa y merecida nuestra presente manifestación, pues que se trata de un hombre cuyas glorias reflejan sus esplendorosos rayos en la noble y limpia frente de la patria, que perdió en el finado, excelente y activísimo servidor, como el Estado de Campeche un hijo que ejerció respecto de él las funciones elevadísimas de un padre, y como la sociedad en general, brillantísimo miembro, cuya ilustración y facultades estuvieron al servicio de sus conciudadanos.

La sola relación de los acontecimientos á que me he referido, hará patente; que si Campeche está de duelo por la pérdida que lamentamos, el país entero debe derramar amargo llanto de dolor, porque al extinguirse la fúlgida existencia del ameritado y distinguido General Baranda, se ha efectuado un inmenso vacío en las filas de los libres y de los republicanos, de los patriotas y de los pensadores, del ejército y del pueblo, quedando en-

vuelta en las sombras del infortunio, el alma de aquellos para quienes más que un padre, fué la personificación de la Providencia.

Cuarenta y tres años hace ya, que al despertar de Campeche al aterrador alarido del salvaje que á sus puertas se presentara, fijó su mirada suplicante en un apuesto oficial, á quien se confió la ardua empresa de organizar una sección de caballería cívica. Era este el joven Pedro de Baranda. Los talentos militares y la valentía del imberbe Comandante se hicieron desde luego patentes en la cercana hacienda de Kalá, en donde hizo su *debut*, presentando su pecho á las balas enemigas, defendiendo con su hogar y el de sus hermanos, la noble causa de la civilización, y rechazandó á los indígenas sublevados, que reunidos en una fuerte y numerosa división, habían establecido su cuartel en la mencionada hacienda.

En el año de 57, pródigo en acontecimientos faustos y nefastos para la patria, pero en el que se promulgó ese Código liberal por excelencia, que se llama la Constitución política de la República, el mismo Señor Baranda recibió la patente de 2º Ayudante de Caballería, al tiempo mismo que en el Congreso constituyente de la Unión era ya uno de los diputados que con más calor defendían los sacrosantos principios de libertad consignados en aquel libro preciosísimo, en donde los derechos del hombre, confundidos con los del mexicano, fueron proclamados como la base fundamental de las instituciones, que el pueblo había santificado con su generosa sangre.

De carácter comunicativo, simpático é insinuante, su ascendiente en la Cámara popular se hizo sentir desde luego, siendo por tanto de los

que más íntimamente unidos se encontraban con los prohombres de aquella situación delicadísima, para crear la cual y para sostenerla, para fundarla sobre bases indestructibles, se necesitaba la energía y constancia inimitables de los Juárez, de los Ocampo, de los Degollado, de los Lerdo y de los Valle.

Era que el destino lo había colocado en las filas de los libres, desde que nacer lo hiciera en medio de un país eminentemente liberal, por convicciones y por la fuerza incontrastable de los acontecimientos. Las costumbres, el clima, el número de los habitantes, los trabajos ú ocupación á que el pueblo tenía que dedicarse, y otras mil circunstancias que no son del caso referir, habían abierto entre Campeche y Mérida, aún antes de que México se hiciera independiente, un abismo inmenso de odios y de antagonismo. Campeche pues, debía ser liberal, no sólo porque Mérida representaba el pasado y sostenía en sus hábitos y en sus costumbres el principio conservador, sino porque más preparado para las ideas que Francia había esparcido por el mundo con su colosal revolución, la semilla había encontrado terreno fertilísimo en Campeche y había fructificado; la juventud de aquella parte de la República, creada en una atmósfera de libertad, se sentía llamada á desempeñar importantísimo papel en los acontecimientos que algún día traerían, con la emancipación material y moral de la patria, su progreso y engrandecimiento y su entrada definitiva á los senderos del orden y del respeto al derecho ageno, que constituyen la paz, según teórica y prácticamente lo demostró el grande apóstol de aquél, el inmortal Benito Juárez.

En el mismo año de 57 obtuvo doble elección, pues el primero y el segundo de los Distritos electorales del Estado de Yucatán, lo designaron como su representante en el Congreso de la Unión, con el carácter de Diputado propietario el primero, y de suplente el segundo; tanto así era como se había hecho notable en la política general del país, pero principalmente en la local de la península, el intrépido neófito de la democracia, el que rompiendo un poco más tarde entre Campeche y Mérida los eslabones que los constituyeran en un solo Estado, cortaría de raíz la funesta planta de las antiquísimas discordias civiles, que habían cubierto de sangre los campos de Yucatán, deteniendo su progreso, dando lugar á que poderes extraños hundieran impía garra en el territorio de la República, y produciendo en último análisis, con la miseria de los pueblos respectivos y la paralización del trabajo y de la industria, la desoladora guerra de castas, que tantos horrores causó en las diversas poblaciones á quienes cupo, en mala hora, la desgracia de la invasión.

En efecto, y para comprobar cuánto valía entre sus conciudadanos la voz del republicano libertador de su país, veámoslo en el 6 de Agosto del mismo año de 57, enarbolar en Campeche el estandarte de la revolución, que como la de Tuxtepec para el país entero, debía producir infinitos bienes á la población en general de los distritos que á la sazón formaban el Estado de Yucatán.

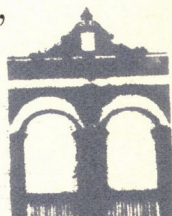
La edad que Cristo tenía, según la bíblica leyenda, al consumir la redención de la humanidad, esa misma tenía el ameritado peninsular Campechano al redimir á su pueblo de todo un pasado de miserias, de guerras interminables y de fanatis-

mos político, social y religioso, que lo hicieron retrogradar en su carrera. La revolución triunfante que hizo sucumbir á los que en Mérida dominaban, y aceptar la separación impuesta por las circunstancias, por la fuerza de la opinión y por el inquebrantable valor de los Sres. Pedro Baranda y Lic. Pablo García, jefes del movimiento, fué la prueba palpitante, no ya de la popularidad de aquellos, y de la necesidad de independencia que se experimentaba, sino de la gran actividad, de los talentos militares, de la presencia de ánimo y de la pericia del primero, pues que sin contar con abundantes recursos, y después de hacer capitular á la plaza de Campeche, de resistir á continuación en ella, el violento y poderoso empuje de las tropas cívicas y permanentes, que de Mérida vinieron á atacarlo, y de obligar al ejército sitiador á levantar el campo, el ínclito caudillo alma de aquella revolución, el valiente militar Baranda, ascendido el 7 de Agosto á Teniente Coronel de infantería de Guardia nacional, y más tarde á Coronel de la misma arma, forzó al destino á que cambiara los papeles, puesto que de perseguido se convirtió en perseguidor, llegando en el año de 58 hasta cerca de Mérida con sus huestes triunfadoras, mediante las cuales obtuvo los convenios del 3 de Mayo del mismo año que se acaba de citar, convenios memorables en los fastos de la historia de Campeche, porque de ellos surgió la erección de aquella entidad como cuerpo político de la República, erección que no pudo adquirir la respectiva sanción legal, sino hasta el año de 63, mediante la ratificación que de ella hizo el Ejecutivo Nacional por decreto de 29 de Abril de dicho año. Pero al recibir la Junta Gubernativa del Distrito de Campeche los

convenios de que ya se hizo mención, había premiado al denodado autor de tan importantes proezas, enviándole como digno acuse de recibo, el despacho de General de Brigada en la misma Guardia nacional, llenándolo de frases laudatorias en que se le proclamaba el salvador de Campeche y en que se le ponderaba la gratitud del pueblo, y confiándole poco después, el espinoso y difícil puesto de Comandante general de las armas del Distrito, funciones que desempeñó con puntualidad y conciencia, no obstantes las atenciones que de él reclamaba el diverso cargo que á la vez ejercía, como Vocal 2º de la expresada Junta de Gobierno.

Mas, como la vida de los héroes y de los que han nacido con la misión de redentores, no es por cierto la de los constantes goces y satisfacciones, época llegó de prueba, en que el libertador de Campeche tuviera que emigrar de su país natal. Vino entonces á Tabasco, para regresar en seguida á Mérida. Después, lo encontramos en 1863 acompañando á las fuerzas nacionales republicanas, en el triunfo obtenido por éstas en el combate de San Joaquín, punto situado entre Jonuta y Palizada.

En el mismo año tocóle estar presente en los combates que en esta población sostuvieron las tropas libres contra las enviadas por la intervención, acompañando al Gobernador Sr. Dueñas en su peregrinación por los Estados de Chiapas y Oaxaca, después que disueltas, por no se sabe qué fatalidad, las fuerzas republicanas del Estado, quedó este abandonado á sus propios recursos, hasta que un puñado de valientes, inspirados por sólo el patriotismo y por la misma ardiente fé,



que inextinguible en el alma de Juárez consumió nuestra redención, llevaron á cabo multitud de magnas empresas, dignas de los pueblos más levantados de la antigüedad, lanzando al fin, de esta capital, al invasor, el 27 de Febrero de 1864.

Ya entonces el infatigable obrero de la libertad, el inteligente General Baranda había podido alcanzar las fértiles comarcas de Veracruz, en donde alentaba aún el sentimiento de la independencia, y en donde los Jefes republicanos habían establecido uno de sus centros de acción.

Fué allí en donde tanto influyó para la organización de la famosa coalición de Oriente, llamada á estrechar los lazos de unión de tres Estados importantes, Veracruz, Tabasco y Chiapas, y á contribuir para el desarrollo de las numerosas y brillantes escenas, que debían concluir en Querétaro con la destrucción de las tres más grandes y poderosas columnas del Imperio y del clericalismo, con la ejecución de un monarca, reo de lesa-nación y de dos de sus principales cómplices. En esa gran epopeya, también el General Baranda había hecho prodigios de valor en el sitio que las fuerzas nacionales pusieron á Veracruz, sirviendo como Mayor general del ejército sitiador á las órdenes del pundonoroso General Benavides.

Los brillantes servicios prestados á la causa de la libertad en la lucha contra los defensores del antiguo régimen, contra los sostenedores de los fueros y de las absurdas desigualdades condenadas por la razón, así como los prestados en la patriótica guerra contra la intervención, fueron premiados por el Supremo Gobierno nacional, con la patente de General efectivo de Brigada, que le expidió el 27 de Septiembre de 1867.



En el mismo año y por el buen desempeño de su encargo como Jefe político y militar de los Cantones de Orizaba, Zongolica y Córdoba, el Municipio de la ciudad primeramente nombrada lo declaró benemérito suyo en 11 de Noviembre de 1868.

Hasta entonces, había sido conocido como militar valiente, y concienzudo administrador. En adelante, se haría además, notable, como gran político, como gobernante sabio y atento á las necesidades del pueblo, y como organizador admirable de los elementos que debían servirle como factores, en el futuro engrandecimiento de los Estados que fueran puestos bajo su dirección.

En efecto; al nacer á la vida de los Estados soberanos, el de Morelos tuvo la buena suerte de ser regido por el immaculado Campechano, á quien por voz de uno de sus más caracterizados representantes, aquella dedicó las siguientes frases, tan halagüeñas como significativas, porque en ellas están condensados la gratitud del pueblo gobernado y el cariño que supo inspirarle el ilustrado gobernante, cuyo nombre inscribiría el primero desde entonces, en los anales de su política existencia: “y de acuerdo, dijo, con el espíritu eminentemente progresista de la época porque atravesamos, la nueva sociedad política que hoy se inaugura, llevando como bandera de gloria el nombre del inmortal Morelos, escribirá en la primera página de su historia, el del funcionario que vino á romper el último eslabón, que la ligaba á la Metrópoli, y fué el primero en saludarla como Estado libre y soberano de la confederación mexicana.”

No hemos concluido aún: aquella existencia

pródiga en servicios para la patria, fulgurante en cada etapa y más gloriosa aún, mientras más el tiempo trascurría, porque más y más se acentuaban los magníficos perfiles de aquella grandiosa figura, no había llegado aún, ni llegaría jamás, al ocaso del olvido, á la muerte civil por la indiferencia, ni al desprestigio por conculcar sus deberes de honor.

Compañero y escojido por el benemérito y eminente hombre de Estado Benito Juárez, cuyo ojo certero rara vez se equivocó al designar sus íntimos servidores, vino á Tabasco en momentos en que el país se agitaba víctima de una conmoción. El Sr. Baranda fué objeto aquí, de una manifestación espléndida de simpatía en el año de 1871, como que venía en nombre del más grande de los republicanos, del más respetable de los hombres probos que hayan existido, y del que por sus virtudes merecía ya la veneración que le dedicaban los patriotas de Tabasco, en cuyo número puede comprenderse al Estado entero, con muy contadas excepciones.

En el año de 74 era enviado á los Estados Unidos en importante misión, y en el 75 era declarado Senador 1º propietario por la Legislatura de Campeche, para representar á esa entidad en el Congreso de la Unión.

En cada nuevo encargo que se le confería notábase el ascendiente adquirido, la confianza que en su lealtad inspiraba, y la seguridad con que el éxito de sus actos se esperaba. Es por esto, que en 1876, cuando la revolución de Tuxtepec se había enseñoreado en este Estado del poder, el General Baranda fué enviado á él como Gobernador y Comandante militar, habiendo correspondido

como bueno, á la distinción con que se le honró, sin excederse un ápice de los límites aconsejados por la prudencia y la caballerosidad.

Tomó á viva fuerza la plaza de San Juan Bautista y procuró la pacificación del Estado, que obtuvo en lo posible. Su conducta en Tabasco produjo el resultado de no haber tenido que sufrir persecuciones, cuando á la caída del Gobierno de Lerdo, y ante las armas victoriosas del que hoy es el guardián de las instituciones y de los derechos del pueblo, tuvo que capitular entregando la plaza y las armas que mandaba al enviado de la revolución.

Habría sido una temeridad oponerse al torrente de la opinión, cuando en aquellos momentos la República entera se había puesto del lado del movimiento regenerador, y había sancionado la caída de aquel gobierno, cuya legitimidad había sido puesta en tela de juicio.

Pero al reducir al orden legal á los que en el Estado se habían levantado en armas, fué su tacto político mediante el que obtuvo el brillante resultado de la pacificación; siendo su conducta mesurada y conciliadora la que, hasta su muerte, le conquistó en esta Capital y en el Estado, leales y resueltos amigos y partidarios. Su nombre es aquí, como en todas partes, símbolo de la lealtad, de la amistad y del cumplimiento del deber.

Su predilecto Estado, Campeche, el primogénito de sus entrañas, esa porción del suelo de la patria, que tuvo la honra de darle un servidor tan eminente en el simpático General á quien debió su existencia política, y que fué para nuestro inolvidable amigo, el universo de su vida, el santuario que guardaba sus ilusiones de niño, sus recuer-

dos de joven y sus glorias de hombre, lo declaró benemérito suyo en 10 de Octubre de 1882, como Tabasco en 1884 lo constituyó en Ciudadano distinguido del Estado, y como el Ayuntamiento de esta Capital en 1887, le dedicó un voto de gracias por los eficaces servicios prestados á esta entidad en épocas angustiosas y durante los acontecimientos políticos que también la conmovieron; y aunque ya desde el año de 1882 tenía á su cargo las funciones anexas, como General en Jefe de la 11ª Zona militar, con aplauso y á satisfacción del Supremo Gobierno nacional, que le confió aquel delicado puesto, fué nuevamente electo Senador propietario por Campeche en 1887, aún cuando tal encargo no pudo desempeñarlo, en virtud de ser necesarios é importantes sus servicios en los Estados que el Gobierno confió á su vigilancia. Pocos como él conocían de una manera tan completa, el carácter, las costumbres, las personas y las necesidades de esta parte de la República, por muchos títulos importante. Los mismos empleos tenía al separarse para siempre de nosotros y remontarse al cielo de la inmortalidad, habiéndole cabido por último, la gran satisfacción de presidir la Cámara de Senadores, al comenzar ésta sus trabajos en Septiembre del año próximo anterior.

Las muchas comisiones honoríficas y de sumo interés que se confiaron á su inteligencia, mismas que supo desempeñar, dejando siempre á la altura que le correspondía, la honra de su patria, es el termómetro más exacto del concepto que el digno General Ciudadano se había conquistado, así entre sus iguales é inferiores, como entre los hombres que han llevado en sus manos las riendas del poder y la administración del país. Juárez, el

gran republicano, el bravísimo defensor de la autonomía de México, el patricio sin mancha, que con tanta firmeza sostuvo los fueros de la justicia en su larga carrera pública, el que si á álguien investía con delicados cargos, era sólo á quienes en su elevadísima inteligencia había juzgado dignos de tal honra, Juárez, repito, siempre hizo de nuestro ausente amigo el aprecio que merecían para él los hombres de mucho valer y de inmenso corazón. Lerdo, el orador por excelencia, el potente rey de las tribunas, el gran publicista y eminente hombre de Estado, Ministro, colaborador y sucesor del mismo venerable padre de la Patria, tuvo para el Sr. Baranda iguales consideraciones que su antecesor: el digno militar que supo colocar al ejército mexicano en esfera distinguida por su moralidad; el muy ilustre y respetable General Sr. D. Ignacio Mejía, participó también, del cariñoso entusiasmo que por nuestro héroe sintieran los dos prohombres que antes mencioné; y cuando después de una revolución conmovedora, se ha levantado sorprendente de entre los escombros del poder, el del fundador de la paz, el del caudillo de la libertad, el del tanto más grande cuanto más modesto soldado de la República General Porfirio Díaz, y se pudo creer caído en los abismos de la desgracia el nombre ilustre del peninsular campesano D. Pedro Baranda, aquél surgió de nuevo, con más esplendor aún, á la vida pública, siendo el mismo General uno de los principales ejes sobre que ha girado la administración del país; una de las sólidas y hermosas columnas sobre que ha descansado el magnífico y suntuoso templo erigido á la paz, al progreso y la libertad; uno de los brazos más enérgicos, activos y poderosos de que

se ha servido para llegar al asombroso resultado que palpamos en bien de la Nación, el admirable autor de tantos progresos, y de la felicidad que ha comenzado á disfrutar la República, misma que completa alcanzará, mediante el ejercicio tranquilo de sus facultades y derechos; mediante el desarrollo y aprovechamiento de sus numerosos y ricos elementos.

Los hombres que como el patriota General Baranda han consagrado su vida de una manera absoluta al servicio de sus conciudadanos, al sostenimiento de todas las libertades, á la ilustración de las masas y al progreso de la sociedad, llenando el medio en que han vivido con la saludable influencia de su ejemplo, de su patriotismo y de su sabiduría, son mil veces dignos de que, levantándose monumentos á su grandeza, se perpetue su memoria mediante la eterna recordación de sus actos meritorios y de sus virtudes cívicas y privadas.

Y cuando esos hombres no sólo han sido patriotas eminentes, caudillos denodados, probos Administradores y Gobernantes sabios y justicieros, sino que al hogar también han llevado raudales de dulzura para sus pequeños, ó cumplido como cariñosos padres los deberes que si la naturaleza no ha impuesto han sido dictados por la conciencia del honor y por la inspiración de una alma generosa y levantada, entonces ni nuestra admiración debe reconocer límite alguno, ni nuestro sentimiento contenerse dentro de nuestro corazón, sino desbordarse en torrentes de reconocimiento y adhesión, hácia esos seres extraordinarios y misteriosos, que enviados por la providencia para guiar á la humanidad en los oscuros, ásperos y

sangrientos senderos que ha venido recorriendo y debe recorrer, alumbran su camino con la brillante luz de su inteligencia, restañan sus heridas y alivian sus dolores con el bálsamo de su patriotismo; predicán con la palabra la libertad, defendiéndola con su espada y con su valor, llegando si es preciso, hasta el sacrificio, y son en la familia los mecenas de la niñez, los que creando en los espíritus infantiles las ideas del bien, de lo justo, de lo noble y de lo grande; de la virtud, de la libertad y del patriotismo, preparan el camino para los héroes, y son los apóstoles de la ciencia, de la razón y del derecho.

Bendita sea, Señores, la existencia de los que, como el insigne y caballeroso General Baranda, tanto han sabido ser útiles á su patria, consagrándole sus talentos y su aptitud, como á sus familias, inspirando á cada uno de sus miembros el sentimiento del deber; como á las personas que han tenido la honra de escuchar los sabios consejos de la experiencia, comunicados en el tono profético de los que sienten iluminada el alma con la fé de la razón y con la conciencia de la justicia.

Yo que tuve la fortuna de vivir por algún tiempo aprendiendo, como en un libro abierto, en el corazón del inteligente soldado esclarecido, á amar y aborrecer con las fuerzas todas del afecto y con la profundidad de las pasiones exaltadas, pude juzgar de aquella alma elevadísima, cuando en la escala del sentimiento llegaba hasta las notas más fuertes en el tono severo de su voz, ó descendía hasta las más suaves y armoniosas en su entusiasmo por las letras y por la amistad, por la exageración del valor, por el talento y por la virtud.

Y aún las pequeñas debilidades de aquella grande alma, eran la revelación evidente en ella, de otras tantas nobles cualidades, porque si entrañablemente aborrecía, siempre se hallaba dispuesta á la generosidad y al perdón.

Para que el ilustre General no hubiera tenido aquellas pequeñas sombras en su existencia brillantísima, habría sido preciso que no perteneciera á la especie á que los hombres pertenecemos.

¿Qué mérito habrían tenido, entonces, sus virtudes y su valor, ni su constante consagración al servicio de la patria, de sus instituciones, de su independencia y de su libertad? Cuando los griegos y los romanos, valientes hasta la temeridad, admiraban en sus héroes las dotes y virtudes que los colocaban en la esfera de lo extraordinario y superior, levantábanles templos, y les consagraban el culto debido á los dioses inmortales.

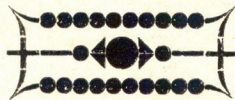
Nosotros, que si bien ayer nacidos á la vida de los pueblos independientes, y sin preciarnos de grande ilustración, creemos tener el patriotismo y la altivez ingénita en las razas que forman nuestro origen; ¿por qué no hemos también de señalar al cielo como punto de partida de nuestros progenitores y fundar con el culto á nuestros héroes y al Supremo Artífice del Universo, nuestra única y sublime religión?

Sí, Señores: consagremos la memoria de nuestros muertos ilustres, elevemos al apoteosis sus heroicos hechos, y al cantar con voz doliente las glorias de aquellos que tienen derecho á la inmortalidad, coloquemos en la tumba de nuestro eminente General y compatriota los lauros que por nuestra mano y sobre su yerta frente coleca el pueblo de Tabasco á nombre de la patria dolorida,



que en aquél perdió á uno de sus más constantes defensores, de sus más esforzados campeones, de sus más hábiles políticos y gobernantes; á uno, en fin, de los que tuvieron la alta honra de formar y suscribir el gran libro nacional, y de pertenecer á los héroes legisladores, que al consumir la salvadora revolución de Ayutla, consagraron la libertad y deificaron su nombre, dando al pueblo la progresista y sábia Constitución de 1857.

HE DICHO



APOTEOSIS.



## APOTEOSIS.

por Leon Alejo Torre.

---

Al mundo triste y de dolor cubierto  
Que espera que la tumba te devore  
Venimos á decirle que no llore,  
Venimos á decirle que no has muerto.

MANUEL ACUÑA.

**N**O en la tumba de ese hombre coloquemos  
La sentencia fatídica del Dante,  
“*Lasciati ogni speranza:*” no dudemos  
De tanta honra y galardón delante.  
No el “*Dies iræ*” contristado alcemos  
Que al aterrado corazón quebrante.  
¡Fuera el crespón! Enmudecéd la orquesta:  
¡El Templo de la Gloria está de fiesta!

Los varones ilustres nunca mueren  
En la memoria de la patria amada:  
Sus nombres, sus virtudes se refieren  
De la historia en la página dorada  
Para que las edades que vinieren  
Del bien conserven tradición sagrada.  
¡Oh! ley del corazón sensible y tierno,  
Tú harás el nombre de Baranda eterno!

El amigo de nobles sentimientos,  
De leal carácter y de trato afable,  
Aquel apóstol que nos diera alientos  
Cuando el destino se mostró implacable  
De la patria en los téticos momentos,  
Nos lega como herencia inapreciable  
Amor hácia lo digno y elevado,  
Idéal que siempre persiguió esforzado.

Hijo de un héroe, en su serena frente  
La Luz de Trafalgar relampagueaba  
Mientras en su alma generosa, ardiente,  
La memoria gratísima abrigaba  
De aquel marino intrépido y valiente  
Que por la Patria y Libertad luchaba  
En las aguas del Golfo, hasta que viera  
Al aire ondear la tricolor bandera.

De su padre heredó la bizarría  
Y de su santa madre la ternura  
Por eso, bravo cual león, tenía  
De leal amigo la sin par dulzura.  
Puso al servicio de la patria un día  
De su carácter la viril tersura  
Y soldado de honor, tuvo por norma  
INDEPENDENCIA, LIBERTAD, REFORMA.

Al rudo golpe de su fuerte acero  
Se alza Campeche libre y soberano  
Y Estado ya, tras el combate fiero  
Tiende á su hermano Yucatán la mano.  
Surgió Campeche brillador lucero  
En el límpido cielo mexicano  
Y ora derrama su apacible brillo  
Sobre la tumba de su gran caudillo.

Su alma, templada por el patrio fuego  
Cual las de Juárez, Valle, Degollado,  
Ocampo y Zaragoza, al bando ciego  
Que el manto de la patria ha desgarrado,  
Sangrienta guerra declaróle luego  
De la sagrada Libertad soldado.  
Por eso la memoria veneranda  
Tabasco guardará del gran Baranda.

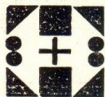
Cuando la Independencia peligraba  
Y el pueblo entero se lanzó á la guerra,  
En "San Joaquín" nuestro adalid estaba  
Al lado de los libres de esta tierra.  
Cuando do quiera el invasor triunfaba  
Nada á su grande corazón aterra:  
Que abrazado al pendón republicano  
Alienta con la fé del espartano.

Este sitio, esas calles lo admiraron  
En su puesto de honor firme y sereno  
Cuando las naves del Imperio anclaron  
Y retumbaba del cañón el trueno.  
Los tabasqueños con valor lucharon  
De pátrio fuego palpitante el seno,  
Hasta que por sus Jefes fué ordenada  
La de entonces honrosa retirada.

Que en la defensa nacional no entraba  
La obstinación en sostener lugares  
Que el arte de la guerra no aprobaba  
Ni los sábios principios militares.  
Por eso Llave á Veracruz dejaba  
Y á México más tarde dejó Juárez.  
El triunfo nacional á probar vino  
De la defensa el acertado tino.

Enmedio á los azarés de la guerra,  
En época de pruebas y reveses,  
Cuando tembló la mexicana tierra  
Bajo el peso de ejércitos franceses,  
Baranda en campos, en ciudad, en sierra  
Al enemigo combatió mil veces.....  
¡Ah! quien tan digno se portó no ha muerto:  
Nos preside, nos vé, ¡está despierto!

No en la tumba de ese hombre coloquemos  
La sentencia fatídica del Dante,  
“*Lasciati ogni speranza:*” no dudemos  
De tanta honra y galardón delante.  
No el “*Dies iræ*” contristado alcemos  
Que al aterrado corazón quebrante.  
¡Fuera el crespón! Enmudecéd la orquesta:  
¡El Templo de la Gloria está de fiesta!



ELOGIO FUNEBRE.



## ELOGIO FUNEBRE

por M. Sánchez Mármol.

---

Nihil enim eum non efficere posse ducebant. . . . . Quibus rebus effecisse, ut, apud quoscumque esset, princeps poneretur, haberetur que carissimus.

Cornelio Nepote. Vida de Alcibiades.

**P**ERPLEJO en el intento, Señores, al venir á tomar parte en esta solemnidad para significar mi rendido vasallaje á la santa ley de los afectos, no he sabido si pedir inspiración á los prestigios del ingenio ó si abandonarme á los no reglados impulsos del sentimiento.

No que crea que pudiera levantarme á la altura del fin á que se endereza, que á tamaño propósito no habría en mí esfuerzo que no pecara de deficientísimo, sino que, aspirando al menor desacierto, hubiera querido atinar en la elección del medio. Y esta mi indecisión se halla por demás justificada al abordar un asunto que no sabría decirse por cuál concepto obliga más el discurso, embarga más la emoción; que el ilustre muerto á



quien estos merecidos homenajes se consagran, si noble, generoso y grande fué por el corazón, no fué, por cierto, pequeño por la potencia intelectual, que poseyóla en altos quilates acendrada.

Aquellas almas, Señores, para quienes el sentimiento del deber es una religión; aquellas para quienes la amistad es un culto; virtud digna de ser imitada, el desprendimiento, y la firmeza de carácter, cualidad, por singular, á los más altos encomios acreedora, esas almas están de duelo. Aquellas almas para quienes el saber es una necesidad; aquellas para quienes el estudio es un deleite y fruición purísima el amor á las letras y á las artes, y suprema grandeza la grandeza del genio, esas almas también están de duelo . . . . . Pronto al obedecimiento de su ilustrada conciencia, jamás esquivó el peligro ni declinó la responsabilidad; nacido para las grandes afecciones, supo llegar por el amigo hasta al sacrificio de sí propio; el primero en acudir al llamamiento del necesitado, dió con largueza y hasta prodigó sin ostentación; inquebrantable en sus convicciones como entero en sus afectos, ni transigió con sus contrarios, prefiriendo caer á cejar; ni puso máscara de disimulo á sus simpatías ni á sus repulsiones, antes ostentólas con noble fiereza. Reverenció en el sabio al redentor de la ignorancia, y no habría desdeñado acercarse al tonel de otro Diógenes, tras algo nuevo que aprender; alentaba al estudio á los espíritus jóvenes, y abría los libros y aprendía como ellos, hallando idéntico interés en la disquisición filosófica más abstrusa, como en la más interesante obra de estrategia. No extraño al hechizo de las artes, gozábase en el encanto de las bellas letras, y cuando en modesta plática discurría so-

bre cuestiones de estética, cautivaba por el acierto de sus juicios, y su conversación fluía abundante, amena y deleitosa como las mieles del sagrado Himeto. Creía que el nimbo de luz que circuye la frente de los Dante y los Milton, de los Cervantes y los Shakespear, de los Calderón y los Göthe, es de mucha más valía que las coronas de todos los tiranos que han oprimido al mundo, y en el culto á esos dioses del pensamiento tan sólo anteponía el de los grandes heroísmos. Y al reparar en la memoria aquellas hazañas eternamente nuevas de Las Termópilas y de Sagunto, gloria de los tiempos antiguos, ó de Zalongos y Zaragoza, gloria de nuestra edad, percibíase en el temblor de su acento, y en el húmedo centelleo de sus ojos, el entusiasmo en que se encendía su alma; percibíase que aquellas grandes cosas encontraban generosa resonancia en aquel pecho también templado para las grandes empresas. A estas peculiares dotes morales, relevadas por un físico lleno de atractivo y por unas maneras de gran señor, debíase que, á semejanza del varón de Cornelio Nepote, todos creyeran “que no había cosa que no fuera capaz de ejecutar, y por eso mismo acontecía que donde quiera se encontrara, era colocado el primero y tenido en grande estima.” ¿Qué mucho, pues, que todos los que le conocimos por el trato, quién por el cariño, quién por la desafección, que tal cual supo amar, supo aborrecer, echemos de menos tan conspicua personalidad?

Fué por eso, Señores, que cuando el punzón magnético vibró anunciando la fatal noticia, ella produjo en todos los pechos hondísima conmoción; á eso se debió que al difundirse aquí de acera en

acera, de calle en calle, de corrillo en corrillo esta lacónica nueva: "El General Baranda ha muerto," la consternación de los amigos no contrastó con la alegría de los adversarios, que los acontecimientos súbitos gozan del prestigio de paralizar la explosión del sentimiento.

Para desgracia de los que amamos á ese hombre meritísimo, el telégrafo no nos engañaba. Era desgarradora verdad que á las primeras horas del 24 de Julio el General Don Pedro Baranda había sucumbido á terrible dolencia, á dolencia tan terrible, que bastáronle unos cuantos días para postrar y destruir aquella excepcional constitución hecha para resistir con igual energía así á las crueldades de la adversidad, como á las delicias de la próspera fortuna. Había sucumbido en esa misma residencia de Lerma que, pagando tributo á sus afecciones más profundas y á los halagos de su rica imaginación, habíase hecho construir con afanosa solicitud, en la previsión de su última hora, para que le fuera dado rendir el espíritu en aquellas orillas de arrebolados horizontes, llenas de vagos rumores, en cuya mar el iris indeficiente mece su seductora imagen, donde el suspiro del viento muere en el sollozo de la ola . . . . . allí, respirando aquella atmósfera, alumbrado por aquella luz para él aun impregnadas de los purísimos recuerdos de su santa madre, que allí, en aquel lugar mismo entregara su generoso espíritu al Creador. Y sus votos se cumplieron . . . . .

¡Mil veces nefasto Julio! No le bastaba con habernos hundido en el mayor de los duelos. . . . Quiso hacernos comprender que aun le quedaba por donde herirnos, después de habernos anonadado arrebatándonos á aquel Gran Padre de la Pa-

tria, qué muerto, aun palpita viviente, y que vivirá para gloria nuestra, por los inacabables siglos de la historia.

Los que sentimos en el alma la honda punzada de la tristísima nueva, creimos por el momento ser solos en nuestro dolor; no estábamos, no estamos solos; fuera de esta porción del territorio de la República que constituye la 11ª Zona militar, cuya jefatura estúvole por tantos años encomendada, donde sin duda contaba con el mayor número de amigos, de adictos y partidarios; fuera de Mérida, que le acogía y proclamaba como á sus hijos más preclaros; fuera de Campeche, la herida y consternada madre que llorará inconsolable su inmenso infortunio; fuera de esta nuestra ciudad que de noble huésped llegó á considerarlo como su hijo distinguido; fuera de los ámbitos de la 11ª Zona militar, la infausta noticia no fué, no pudo ser indiferente; que al llevarla el telégrafo al través del territorio nacional, ha resonado con doliente gemido en los pueblos de la costa de Sotavento, en la industriosa Orizaba, en las fértiles comarcas de Morelos, en la capital misma de la Nación, que el General Baranda obligó el cariño allí donde fué conocido.

Señores: Dichoso pesar es este que ha sabido atraer á sí el concurso de tantos. Los amigos íntimos que el General Baranda dejó en Tabasco con el corazón mutilado, qué algo de ellos mismos se llevó consigo, queriendo patentizar la grande estima en que le tuvieron, organizaron esta fúnebre solemnidad en honor á su memoria, para ellos inolvidable. La numerosa y escojida concurrencia en este recinto aglomerada, el respetuoso silencio que aquí reina, el recojimiento que se pinta en to-

dos los semblantes, son inequívoca muestra de que los tabasqueños saben levantarse á la altura de los grandes sentimientos.



Fué la por aquellos tiempos Señora del Golfo, Campeche la emprendedora, la de los marinos audaces y de corazón abierto, que transponiendo los más remotos horizontes sobre el tumultuoso piélagó, fueron allende el Atlántico á enriquecer el habla con la revelación de su carácter; Campeche, la ciudad á quien uno de sus poetas atinadamente compara á la Tiro de los fenicios, que así dominó sobre los mares, Campeche fué el regazo en que abrió los ojos al mundo Don Pedro de Baranda.

Hay coincidencias que encierran un presagio: aquel nacimiento acaecía en el mismo faustísimo mes que señaló en la historia la inauguración de nuestro régimen federal, el 16 de Octubre de 1824. Parece como que el destino quiso que el ciudadano en cuyo pecho había de arder inextinguible el amor á la Patria y á la Libertad, naciera con el Código Supremo que venía á consagrar ese doble culto del pueblo mexicano. El presagio no podía resultar equivocado, que si por la digna matrona que lo llevó en su seno, la Sra. D<sup>a</sup> Joaquina Quijano, nacía emparentado con las más delicadas virtudes que puede atesorar el corazón de dama ejemplar, cual aquella lo fuera, por el padre, D. Pedro Sainz de Baranda, el heróico guardia marina de Trafalgar, el imberbe capitán de "El Centinela," que burlando los cruceros ingleses arribó de Cádiz á estas tierras de América donde campo dilatado le convidaba á luchar contra las

tiranías y por la independencia de los pueblos, el mexicano á quien cupo la gloria de arrancar á la dominación de España su último atrincheramiento, haciendo flamear victoriosa sobre los bastiones de Ulúa la bandera de la nueva República, por ese nació predestinado al servicio de la Patria en lo que ella tiene de más caro: su autonomía ó propia independencia, y la libertad de sus hijos, que es la autonomía de los ciudadanos. Los primeros años de la infancia discurriólos aquel niño que tantas promesas encerraba, en el bullicio y agitación de su ciudad natal, emporio entonces mercantil y la primera ciudad marítima de la naciente República. Allí, en aquella playa llena de vida y movimiento, donde el estruendo de las olas era apagado por los fecundos ruidos del trabajo; en aquella aglomeración de gentes, á la vez enjambre y hormiguero, volando y revolviéndose por entre el amontonamiento como de monstruos fantásticos, de las quillas en obra, de los cascos en construcción y de las naves en carena, bajo el azote vigorizador de las brisas del trópico impregnadas de los acres perfumes de la mar, allí recibió las primeras revelaciones del sentimiento de la libertad; allí debió haber comenzado á comprender los prodigios que la actividad humana es capaz de realizar. Cuando su conciencia empezaba á despertar al sentimiento de la vida, fué apartado de aquel mar siempre movable y luminoso, para ser conducido al interior de la península, y más de una lágrima ha de haber rodado por sus tiernas mejillas, al ver perderse tras de la curva del camino los últimos penachos de los cocoteros de la playa, á cuya sombra había sentido brotar en su alma las prístinas ilusiones del vivir.

El duro clima de la costa exacerbaba cruelmente las mal cicatrizadas heridas de Trafalgar y de Chipiona, y el vencedor de Ulúa, que ya no veía ante sí hazaña digna que acometer, diciendo adios á los trabajos y sinsabores del servicio público, iba á refugiarse, en busca de más benigna temperatura, á vivir la vida íntima de la familia, á la amena Valladolid, la reina del oriente yucateco.

La presencia de D. Pedro Sainz de Baranda en aquel centro, fué un acontecimiento. Quien no sabía vivir ocioso, tenía que procurar pávulo á su actividad, y hallólo, estableciendo en su nueva residencia una industria que prometía resultados prodigiosos. Fundó una fábrica de tejidos de algodón, que habría sido, sin duda, la transformadora maga de aquellas regiones, si el levantamiento de la raza aborígen contra la civilizada, no hubiera venido á defraudar el porvenir de grandeza á que Valladolid parecía predestinada y que acaso en no remota fecha logre aún realizar.

Allí fué creciendo Baranda, palpando la viva enseñanza del trabajo, del orden y de la disciplina, enseñanza que ha de haber influido poderosamente en la formación de su carácter. Al acercarse á la pubertad, su previsor padre, que aspiraba á hacer de él un ciudadano distinguido, enviólo á un colegio de la Habana, bajo la guarda de parientes con quienes había mantenido vivo comercio de afectos. Consagrado el jovenzuelo al serio estudio de las matemáticas, que alternaba con entretenimientos literarios por los que sentía inteligentísima afición, fué creciendo hasta alcanzar las fronteras de la virilidad. Su espíritu despejado, pronto para la concepción, iniciólo anticipadamen-

te en las cosas del mundo, y no adaptándose su enérgico temperamento á la vida pasiva de las letras, sin embargo de que el estro ardiera en su fantasía y de que se hallara dotado de admirable sentido crítico, creyendo que su puesto al lado de su industrioso y benemérito padre lo reclamaba la visible decadencia á que éste había venido, cerró los libros y tornó al seno de la familia. Una vez más aún fué arrancado á la jefatura de ella y á la dirección de su empresa el Sr. Sainz de Baranda, para volver á las agitaciones de la política. En medio del desconcierto público que se iniciaba en la península yucateca, los hombres sensatos pusieron los ojos en el retirado de Valladolid, como en el hombre á propósito para dominar con su alta probidad, su ejemplar justificación y las tradiciones de respeto que en él concurrían, los apasionados excesos de las facciones. En aras del bien común prestóse á ese nuevo sacrificio, y al convencerse de que sería infructuoso, de que las pasiones políticas son incoercibles, recojiendo cosecha no escasa de desengaños, volvió á confinarse en las intimidades del hogar.

Cuando su primogénito cumplía apenas veintiun años, el Señor Sainz de Baranda exhalaba el último aliento, si acabado de cuerpo, lleno de vigor el espíritu.

Una sola pena toturábale en aquel tremendo trance: habíase creído con derecho á prover á la educación de todos sus hijos, y dejaba á su Joaquín, objeto de sus últimas ternuras, en los albores de la vida. ¿En quién declinar tamaña responsabilidad? ¿En quién, si no en el primogénito llamado á sustituirlo en el orden natural? Y el primogénito recogió aquel santo deber, como prenda



de la bendición paterna, comenzando á ejercer la más delicada de las magistraturas sociales, antes de llegar á la mayor edad. El tiempo habría de encargarse de testificar con cuánta solicitud desempeñaría el hermano mayor el sagrado encargo echado sobre sus hombros.



El aterrador levantamiento de la raza maya había hundido á la península de Yucatán en la más desesperante desolación: la segunda mitad del año de 1847 discurrió en aquella parte del territorio nacional, registrando los horrores más inconcebibles; y el exterminio, en todas las formas que la furia puede imaginar, era reducido á fórmula práctica de guerra por aquella raza vencida, pero no domada, cuyos instintos de venganza contra los dominadores fueron por estos mismos imprudentemente ayudados. Ciudades y villas, pueblos y haciendas eran entregadas á las llamas; martirizados los cautivos y violadas sus mujeres, antes de ser pasados á cuchillo; sus niños lanzados al aire y recibidos con puas ó en la punta de las bayonetas. . . . . la matanza, el horror por todas partes. Y nada resistía al empuje de las tribus salvajes, que ensordeciendo los aires con sus pavorosos alaridos, inundaban las tierras del Norte y Occidente de Yucatán como torrentes de lava, dejando por huella de su paso montones de ceniza, charcos de sangre, cadáveres insepultos, mutilados en agonía. . . . . Y Yucatán se había despoblado, y los moradores de sus más fértiles comarcas, poseídos del pánico, huían de aquel cataclismo social hacia las estériles costas, para buscar la

salvación en el abandono de la patria, tornada en despiadada enemiga.

Campeche no tuvo espacio para dar albergue á tanto emigrado y aun ella misma tuvo que aperibirse á la defensa. Nada era bastante á contener en su desbordamiento á la raza en rebelión, cuyas vanguardias, antes de transcurrido un año, ya tocaban á las puertas de la murada ciudad.

Fué entonces, Señores, en aquellas tremendas circunstancias en que el joven Baranda reveló, de una manera inequívoca, que latía en sus arterias la sangre del león de Trafalgar.

Aprovechándose del ascendiente que por sus personales condiciones y por su edad misma ejercía entre sus compatriotas, tomó la iniciativa en organizar un escuadrón volante, y á la cabeza de aquel puñado de valientes lanzóse al ataque del propio cuartel general de los sublevados, establecido en Kalá. En aquel campo, al servicio de la sagrada causa de la civilización, recibió el joven campechano su glorioso bautizo de sangre.

Los horrores de esa guerra, que cual mal extinguído volcán suele arrojar aun sus llamaradas en el suelo yucateco, lejos de amenguarse, recrudeciéronse en el período que corrió del 48 al 51, y durante él no dejó el bisoño miliciano de prestar su valeroso contingente personal á la debelación de la barbarie.



La derrota de los intrépidos Molas y Cepeda, el fusilamiento de aquel popular caudillo y de otros denodados enemigos de la dictadura santanista, no había sofocado en la península el entu-

siasmo por la libertad. Por eso el grito de Ayutla encontró allí simpática resonancia, y Baranda fué de los que, sin miedo ni reservas, demostró su adhesión á aquella la más radical de nuestras revoluciones políticas.

La revolución abatió al tirano, y el probo patriota del Sur que la acaudillara cifró todo su afán en la realización de las promesas con que había soliviantado el espíritu nacional. El país debía constituirse sobre los principios mismos de 1824, y el caudillo vencedor llamó al pueblo á elegir á sus constituyentes. D. Pedro de Baranda fué uno de los diputados por Yucatán á aquella memorable y benemérita asamblea, creadora de nuestro símbolo político.

La personalidad del diputado campechano se hizo bien pronto perceptible: su aspecto y maneras simpáticas granjeáronle numerosas amistades, y la franqueza con que emitía sus avanzadas opiniones y la entereza con que votaba en las cuestiones más espinosas de las trascendentalísimas que se solventaban en aquel palenque donde pugnaban á muerte los más caros intereses sociales, al par que dieron á conocer su aventajada ilustración, su no común capacidad intelectual y el alto temple de su carácter, captáronle el cariño de los apóstoles del constituyente, los Gómez Farías y los Arriaga; los Guzmán y los Zarco; los Ramírez y los Degollado, indeficiente constelación en el cielo de nuestras libertades. Allí se ganó la hermandad de la legión de jóvenes en que se destacaban figuras como las de Castillo Velasco y Vallarta; de Mariscal y Joaquín Degollado, que eran como los porta-estandartes del partido liberal.

La carta elaborada en medio de tantas obse-

siones, pareció condenada á muerte prematura. El mismo que fuera constituido para defenderla, rasgóla con mano desatentada.

El partido reaccionario yucateco, atento á la primera oportunidad, se aprovechó del desconcierto que en las filas liberales produjera el golpe de estado, y dióse trazas para apoderarse de la administración pública, falseando el voto popular.

Profundamente repulsivas eran al sentimiento del pueblo campechano tanto como las ideas que pretendían imponerse, las personas que las representaban, y en nombre de la soberanía popular reclamó, por la mediación de sus mandatarios, los ultrajes hechos al derecho público. Los usurpadores no oyen; y á la voz que se alza para reclamar, oponen la manopla que estrangula.

Campeche no se resignó, antes poseído de indignación, encomendó su suerte al último recurso de los pueblos: la guerra. Levantóse en armas la porción más viril de la ciudad, y aclamando las improvisadas legiones por su jefe á D. Pedro de Baranda, sin contarse, fiando el éxito á su decisión, echáronse sobre las tropas regulares que guarnecían la plaza. Venciéronlas; suplió el denuedo á la disciplina; pero aquel mismo afortunado triunfo obligaba á los vencedores á combates más rudos, á una campaña en toda forma, cuya suerte definitiva escondía el porvenir en sus arcanos.

El Gobierno de Yucatán así provocado, apresóse á reivindicar su autoridad, y lanzó sobre el rebelado Distrito una poderosa expedición cuyo mando encomendó al Epaminondas yucateco Manuel Cepeda Peraza.

D. Pedro de Baranda, sobre quien pesaba la jefatura militar de la insurrección, se sobrepujó á

sí mismo: presente en todas partes, sin darse punto de reposo, atento á todas las previsiones, organizó la defensa, y unos cuantos días le bastaron para crear elementos con que resistir ventajosamente á la avalancha de guerreros lanzada sobre Campeche. Y se trabó la lucha tenaz y encarnizada, heroica en algunos episodios, hasta que la obstinada resolución de los sitiados acabó por agotar la energía del peritísimo Jefe yucateco, y después de cuatro meses de efímeros combates, los sitiadores desaparecieron de en frente de aquellos muros hechos inexpugnables por el nunca desmayado valor de sus defensores. El grito de guerra de "¡Campeche libre, ó muerte!" con que Baranda cerrara su enardecedora proclama á sus soldados, fué grato al Génio de la victoria.

Campeche podía ya batir palmas orgullosa: su adalid acababa de rebelársele en todo su prestigio, y confiado en él ya no temía fuera arrancado de su diestra el conquistado laurel. El ilustre vástago del vencedor de Ulúa alentaba una alma de aquellas de quienes dijo nuestro Cisneros

"que dotadas

De un enérgico temple al bien se lanzan,  
El imposible en su carrera arrostran  
Y el alto fin de su misión alcanzan."



Señores: Los levantamientos populares suelen ser simiente de inagotables transformaciones. Esa simiente, grande á las veces como un grano de mostaza, es el germen que contiene en sí la realidad de todo un mundo. Se sabe por donde comienzan, mas no en que han de acabar: la repugnancia

á un impuesto baladí dió nacimiento al pueblo más grande y maravilloso que ha conocido la historia.

La insurrección de Campeche contra un gobierno emanado del fraude, al reducirlo á la impotencia, impulsó á los espíritus rebelados á mayores intentos. Después de los sucesos que acababan de consumarse, no había ya concierto ni paz posible entre Yucatán y Campeche. El *delenda Carthago* pronunciado por el gobierno yucateco, daba derecho á la Cartago no vencida á ser, cuando menos, una entidad igual á su adversaria, y la ley de la lógica formuló la última evolución de Campeche: su emancipación de Yucatán. El grito separatista resonó en los pueblos del Distrito que más habían resentido los ultrajes de los expedicionarios, y Baranda marchó al punto con una legión de valientes á apoyar los votos de aquellos pueblos, fieles traductores del unánime sentimiento de los campechanos. El afortunado éxito de Baranda fué en esta ocasión obra de su tacto. En vez de agredir, limitóse á proteger. Pudo llevar la guerra á territorio enemigo, mas eso habría cambiado los fines de aquella lucha: Campeche no aspiraba á conquistar ni á imponerse, sino á la defensa de su derecho, y á esta actitud de noble moderación debióse, sin disputa, el coronamiento de sus miras. Yucatán se declaró convencido, y de ese convencimiento emergió Campeche á la vida de entidad soberana é independiente. El realizador de tamaña empresa alcanzó todas las ovaciones, y su entrada á la Capital del nuevo Estado, pudo sólo compararse á la de aquellos *imperatores* de Roma cuando tornaban vencedores de galos ó germanos.

La figura de Baranda, á quien el gobierno de

la emancipación había conferido el título excepcional de General de la Guardia cívica, crecía sobre toda medida. Adorado por la multitud; apoyado por las clases superiores de la sociedad, los destinos de Campeche estaban en sus manos. Empero, la envidia artera, la celosa ambición y la torva ingratitud se unieron en la sombra y le armaron asechanzas: un motín á lo Catilina estalló en su contra, mas se resistió á anonadarlo. Repugnando que una sólo gota de sangre corriera por cuestiones de personalismo, antes prefirió sacrificar su individualidad, resignar todos los poderes que investía, deponer sus más caras afecciones, rechazar las tentaciones con que sus numerosos y decididos partidarios le convidaban, á fin de que la anarquía no brotara en tierra campechana, sino que su poder público se cimentara para la salud común. Así dejó libre campo á los que aspiraban á dominar sin émulos. Ejemplo de tan heroica abnegación, de tan excepcional desinterés, no salvó á Baranda de la mala voluntad de aquellos á quienes aplastaba su talón. Su presencia sola significaba por sí terrible antagonismo. Comenzó á ser un embarazo, y de embarazo llegó á convertirse en malestar público, en amenaza de disturbios intestinos. Semejante problema ofrecía únicamente dos soluciones: ó el derrumbamiento de los contrarios ó la desaparición de la escena. No había temor de lo primero, sabíanlo sus contrarios. Quien había rehusado prevalerse de su prestigio y valimiento para adueñarse del poder; quien, por el contrario, habíase despojado de grado de sus investiduras públicas, para no dar pretexto á disidencias perniciosas, ese no habría de ser quien acaudillara una facción. El otro extremo impo-

níase, pues, á su conciencia, y por él optó. Con la entereza, si no mayor, del héroe ateniense, conde-nóse al ostracismo, y salió de aquella tierra que era como su propia hechura, amargado el corazón; mas lleno de la esperanza de que llegarían para él días de justicia.

Entretanto, la triple alianza había arribado á nuestras playas con sus ideas ocultas de conquista. Baranda por entonces habíase acojido á tierra de Tabasco, atisbando la ocasión primera de ser útil á la causa nacional. Hallábase en Jonuta, como si algo esperara del otro lado de nuestras fronteras. De la Isla del Carmen, guarida de aventureros hambrientos de rapiña, zarpó una expedición que logró apoderarse de Palizada. El éxito convidóla á tentar mayor fortuna y la emprendió sobre Jonuta, guardada por un destacamento de cívicos tabaspueños, á las órdenes del Mayor Francisco Vidaña. Nuestros nacionales salieron al encuentro de los aliados del pequeño Napoleón; Baranda voló á confundirse con los nuestros; en él resignó Vidaña la dirección de aquel encuentro, y el campeón campechano enseñólo, no á ser valiente, que de nadie había menester lecciones de valor, sino á vencer á los enemigos de la República.

Después de San Joaquín, la situación de Baranda quedó definida. Su puesto de combate estaba entre los republicanos tabasqueños.

Lo recordais? Los hados se nos torcían. El vencedor del 5 de Mayo había sucumbido en su lecho de laureles. La alevosía napoleónica reforzada, cercaba á Puebla, y la facción reaccionaria llevábale día á día nuevos contingentes. El Grijalva, indiferente á los destinos del suelo por él fecundado, prestó sus lomos á las enemigas naves,



y esta nuestra simpática Villa-Hermosa, después de una defensa infortunada, cayó en poder de un centenar de desalmados que hicieron botín de guerra de su fácil conquista. Aunque desprovisto de carácter oficial, lo mismo que en San Joaquín, el patriota campechano acudió al peligro, asistiendo al combate librado en estas calles, que fué de los últimos en abandonar. Desde aquel punto ya no se apartó de nuestros maltrechos estandartes. Siguiólos en su retirada á Cunduacán; allí ayudó á levantar el decaído espíritu de nuestros soldados; con ellos vino al malogrado intento del recobro de nuestra capital, y no salió de las tierras de Tabasco, sino cuando adquirió la convicción de que por el momento no era dable realizar aquí obra importante en la defensa de la Patria.

Se abre aquí, Señores, el período en que los méritos del esclarecido hijo de Campeche llegaron al colmo. Sólo, sin recursos pecuniarios, atravesando lugares desconocidos, algunos aun no revelados á la geografía, sin otra recomendación que la que le ganaba su prestancia personal, fué de Estado en Estado, de pueblo en pueblo, buscando donde hacer pié para combatir á los usurpadores de nuestros derechos. He dicho mal, Señores; no iba sólo: llevaba el alma henchida de dos fees: alentaba la fe de que la Patria alcanzaría victoria definitiva sobre sus enemigos; alentaba la fe de que el caudillo de la Constitución y de la Reforma, realizaría los milagros que el patriotismo le pidiera, que aquella alma inquebrantable había sido creada para la epopeya.

En nuestras fronteras de Occidente, allí en esa Costa de Sotavento de Veracruz, en medio de esos caracteres francos y resueltos, ardientes como

el sol que caldea sus campos, generosos como el fecundo suelo que los sustenta, allí el patriota Baranda halló término á su Odisea.

Al Bayardo de la lealtad, el General D. Alejandro García, había tocado en suerte organizar en aquellas comarcas la resistencia á la invasión extranjera. Tradiciones de común afecto ligaban íntimamente á los dos ilustres campechanos, de modo que á su inesperado encuentro en las riberas del Papaloapan, desde el primer instante, compenetrados de una misma idea y de un mismo sentimiento, fueron como un sólo individuo cien veces multiplicado.

Fecunda por demás fué para la causa nacional la conjunción de aquellos dos nobles espíritus, que inteligentemente secundados por otro distinguido patriota veracruzano, hicieron de la Costa de Sotavento poderoso núcleo de resistencia á la usurpación napoleonesa.

Mas los hados aun no se aplacaban. El indómito caudillo de Oriente, astro desplomado de su trono de rayos, caía en hora menguada bajo la cautividad de los invasores, perdiéndose en un solo instante los inmensos elementos de guerra que su inagotable inspiración, su actividad sin ejemplo y su previsora estrategia habían venido acumulando en la ciudad de Oaxaca, después de la rendición de Puebla.

Hay angustias que no se conciben; que pueden sólo sentirse bajo el influjo de las circunstancias que las ocasionan. Tales las que affligieron al espíritu patriótico en estas regiones de Oriente, al saberse la desoladora nueva de la caída de Oaxaca y de su legendario adalid en poder de los conquistadores. Los pueblos de Sotavento, los de Chiapas

y de Tabasco, roto aquel formidable antemural, quedaban como dispersos, sin cohesión, aturridos del golpe inesperado, sin otro prospecto que el de una lucha desventajosa, que sólo prometía el perecimiento. Soldar la unidad quebrantada, establecer un centro de autoridad, dar una común jefatura á los pueblos abandonados, era el secreto único de restaurar la moral en los ánimos decaídos, de vigorizar la resistencia, de dar probabilidades de éxito á la lucha, y de ese pensamiento fué Baranda el iniciador, el apóstol y el ejecutor, que vino á traerlo á Tabasco y á proponerlo á Chiapas, por quienes fué acogido como promesa de salvación. Ese pensamiento fué el de la coalición de Oriente constituida por los Estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas, que ligados en destino común, establecieron una confederación de guerra, bajo la suprema autoridad del benemérito General García. Acontecimiento fué ese que, produciendo saludable reacción en el espíritu público, comunicó nuevos alientos para combatir contra los enemigos de nuestra independencia.

No bastaba, empero, aquel milagro. No bastaba que los veracruzanos todos, que todos los tabasqueños, que Chiapas en masa estuvieran prontos al combate. La guerra no se hace sólo con hombres; los hombres necesitan armas y las armas municiones. ¿Dónde obtenerlas? A nuestra espalda teníamos á un Estado enemigo, dominado por un gobierno que representaba la fórmula neta del retroceso. Por allí nada podíamos esperar. Al Occidente imperaban, formándonos cerco de hierro, las armas de la intervención, y al extremo Oriente, la península de Yucatán, jurada al Hapsburgo, copiosamente pertrechada, alargá-

base como colosal brazo de acero pronto á agarrarnos. Nuestro golfo ya no era nuestro: los cruceros de la escuadra francesa imperaban en él, bloqueando nuestras costas con avizora vigilancia. Pero era necesario cruzarlo, era necesario ir á procurarse de nuestros vecinos, también comprometidos en lucha desastrosa, las armas, los pertrechos de guerra que el ardimiento de nuestros hermanos reclamaba, y fué el intrépido Baranda quien osó tamaña empresa.

Pudimos decir entonces con acierto que la fortuna proteje á los audaces. Poco tiempo después, el atrevido comisionado, sorteando mil peligros, forzaba el bloqueo é introducía por Coatzacoalc un valioso cargamento de guerra.

La buena estrella de México lucía, por fin, en nuestro encapotado cielo. Los defensores de la independencia y de la República se multiplicaban por todas partes. La sangre mexicana vertida en patibulos y campos de batalla, había sido prolífica, y de ella germinaba compacta muchedumbre de patriotas. Vientos de derrota batían á las oriflamas imperiales; en tanto que los estandartes republicanos flameaban victoriosos en las altas cimas, en los hondos valles, en la escampada llanura, sobre los muros de las ciudades, y el epónimo Juárez emprendía aquella marcha triunfal, larga cuanto gloriosa, que iba á conducirlo de la margen del Bravo al Palacio nacional.

Algunos centros dominados por el imperio aun resistían con obstinación. Entre ellos contábase á la ilustre cuna de Gutiérrez Zamora. El pueblo veracruzano, que no había economizado sacrificio por la causa de la Nación, reclamaba el recobro de su capital, y aunque árduo designio

fuera realizarlo, era forzoso acometerlo. El cuartel general de Oriente encomendó la empresa á un cuerpo de tropas especialmente organizado y en él tocó á Baranda el distinguido cargo de Mayor General. Y los imperialistas de Veracruz, impotentes para resistir al embate de los sitiadores, rindieron las armas.

Tal fué, Señores, el broche de oro con que D. Pedro Baranda cerró sus servicios á la causa de nuestra independencia. Tantos merecimientos clamaban por recompensa, y no las escaseó la República á su digno hijo. Fuéle encomendado el gobierno de tres cantones veracruzanos, y en esa jefatura recibió la efectividad de General de Brigada del Ejército nacional.

Batallar con acierto suele ser menos árduo que gobernar con tino, y el General Baranda demostró en la administración de los tres cantones que tan apto era para dirigir una campaña, como para regir los destinos de una sociedad; y no fué honor pequeño el que la más distinguida de Orizaba, tan adicta al imperio, confundiera sus votos con los de la numerosa porción republicana para tributar de consuno homenajes de aplauso y de gratitud al entendido gobernante.

Reivindicada la Patria, era ley de conciencia devolverle sus instituciones públicas por el restablecimiento de los poderes en que la carta de 57 resumió la soberanía nacional.

El Padre de nuestra segunda independencia, que amaba esas instituciones con la sinceridad de un idealista, apenas reinstalado en la capital de la República convocó al pueblo á la elección de sus mandatarios. El Congreso que iba á reunirse iba á tener la importancia de un Reconstituyente,

y la salud pública reclamaba fuera integrado de ciudadanos en quienes al patriotismo acendrado se aunaran las convicciones liberales, la sana cultura y los talentos. Y el 4º Congreso brilló y brillará en nuestra historia como alborada gloriosa, que en él tomó asiento cuanto México poseía de viril, de levantado, de útil y fecundo. En aquel arcópagó político halló su puesto el General Baranda, y en él hizo su aparición aquel tierno hermano encomendado á sus desvelos, para ser ornamento de nuestra tribuna parlamentaria, modelo de gobernantes luego, y por último, aventajado estadista.

Los poderes nacionales continuaron honrando los merecimientos del eminente hijo de Campeche. Probadas sus altas dotes administrativas, al consagrarse á la memoria del Padre de la Patria, Morelos, la porción del territorio nacional que había ilustrado con sus mayores hazañas, elevándola á la categoría de Estado de la Unión, fué al General Baranda á quien se adjudicó el honor de ir á constituirlo. El fundador del Estado de Morelos no desmintió la acertada elección del insigne Juárez y del 4º Congreso, y al transmitir el poder omnímódo que había ejercido á su constitucional sucesor, tuvo la satisfacción inmensa de que la 1ª Legislatura del naciente Estado declarara “que el nombre del C. General Pedro Baranda, quedaba gloriosamente asociado al del invicto héroe de Cuautla.”

Tantos homenajes eran para embriagar á un espíritu menos levantado que el de aquel hombre que ejecutaba las cosas más altas con la mayor llaneza.

Son de ayer, Señores, los acontecimientos en

que el General Baranda siguió figurando. La generación presente ha sido testigo de los hechos por él consumados de veinte años atrás, y fuera de más recordarlos. Lejos de que el tiempo y el uso lo empequeñecieran, su talla continuó creciendo. Sincero admirador del Presidente Juárez, fuéle adicto con el ardoroso entusiasmo en que él como pocos se inflamaba. Para él Juárez era un símbolo; mas un símbolo racional que se imponía á las conciencias, y acatábalo, por eso, y secundaba sus actos políticos, no fanático, pero lleno de convicción.

En aquellos parlamentos en que, como en nuestros estíos tropicales, cada día se desataba una tempestad; en que el Gobierno vivía de la cotidiana lucha y del triunfo alcanzado en cada debate; en aquellos parlamentos en que las pasiones políticas rugían como el antro del volcán amenazante; en que á la votación ganada por el Gobierno, respondía allá afuera el grito de sublevación y el estruendo del cañón revolucionario, Baranda sonriente, arrellanado en su curul, rodeado de amigos y hasta de admiradores, anquilaba con alguna frase humorística, del aticismo más puro, el efecto del discurso más virulento. Y votaba con el gobierno, es decir, por Juárez; y él, que no era orador, arrastraba con su voto el de no pocos indecisos, como acertadamente ha dicho uno de sus panegiristas.

Juárez murió; mas su autoridad quedó viviente y con ella el respeto á la magestad de la Ley Suprema del país. Sus partidarios tenían derecho á dolerse de tamaña desgracia, no á desconocer el culto que Juárez mismo les había enseñado. Fue-

ra de la Constitución, no había partidarios de Juárez posibles.

La institución del Senado llamó á sus escaños al ameritado Baranda, y en él, consecuente, hasta el rigorismo de la lógica más ruda, con las opiniones que siempre había sustentado, con sus tradiciones de constitucionalista, con su adhesión al credo de la Reforma, y con la convicción de que fuera del orden, el partido liberal sólo hallaría su desprestigio, ayudó al gobierno en la medida de lo justo. Empero, aquel gobierno no tenía condiciones de vida. El hombre extraordinario que lo presidía, llevaba la cabeza demasiado elevada para poder sentir lo que abajo se movía. A semejanza de la estatua colosal que soñara el Gran Rey, aquel gobierno, si de bronce la cabeza, tenía de barro los pies.

Estalló la rebelión. El adalid llamado á organizarla y regirla contaba con numerosísimos y resueltos partidarios en todos los Estados de la República y de ahí que al mes de iniciada, hubiera cundido por toda la extensión del país. El pueblo tabasqueño que amaba á aquel adalid con cariño rayano en culto, se alzó en masa para proclamarlo, encabezado por sus más valerosos guerreros. Necesario era combatir el levantamiento en todas partes, pero esa necesidad se hacía ingentísima en las costas del Golfo, en contacto activo y directo con las naciones extranjeras. Tabasco entero habíase acojido al estandarte de la revolución, y para ser recobrado demandaba una expedición formal. Por esa vez, y acaso sólo por esa, el gobierno tuvo la sana inspiración de no fiar exclusivamente al poder de las armas el éxito de sus miras, y la expedición sobre Tabasco fué encomenda-



da á la pericia y tacto del General Baranda, quien, en esta tierra que le conocía y estimaba, tuvo únicamente que pugnar con la resistencia armada de la revolución, no contra enemigas prevenciones.

Los insurrectos tabasqueños combatieron con bizarría; empero, tras rudos encuentros, tuvieron que abandonar el campo á las armas del gobierno. Dueño de la situación el General Baranda, proveyó como él sabía á la reorganización de los servicios administrativos; impartió garantías á todos los intereses sociales, y sin dar tiempo á los rebeldes de concertarse de nuevo, cuidó de hacer sensible en la extensión del Estado la asistencia del poder público. Desbaratados los planes de los insurrectos, ya no inquietaron al vencedor ni intentaron siquiera recobrar el terreno perdido.

Fuera de la sangre vertida en los combates, no hubo madre tabasqueña á quien enlutara la dominación del General Baranda; más todavía, no hubo una sola boca que pudiera formular queja justificada contra el ilustre patricio. Y aquella templanza en el gobernar y aquella moderación en el vencer y aquel tino en no lastimar ni aun las susceptibilidades de bandería, captáronle el respeto de todos, ganándose amistades sincerísimas hasta en las filas de sus contrarios mismos.

No fué, por eso, extraño que cuando la revolución victoriosa imperaba en los Estados más populosos, Tabasco y Campeche continuaran todavía regidos por el gobierno derrocado, semejando esto á la insigne hazaña de aquel aun más insigne Mariscal de Francia que acorralado por los ejércitos de la coalición, siguió sosteniendo en alto la bandera de los tres colores cuando su empera-

dor llevaba tiempo de confinado en Elba, y de ondear sobre las Tullerías el pabellón de los Borbones.

Hay para el soldado, Señores, una virtud cardinal: la fidelidad, y en pocos corazones como en el del General Baranda halló más hondas raíces esa virtud.

Saber quedar caído es probar que se alicentan convicciones, y él supo mantenerse eliminado de la escena política luego que por la incontrastable fuerza de los acontecimientos desapareció lo que como soldado había defendido; y no volvió á las agitaciones de la vida pública, sino cuando ya no fué permitido dudar que la nación había impreso el sello de su voluntad soberana en el nuevo orden establecido.

Limpia la honra y libre de reproche, fué lógico que su reingreso á la política militante le proporcionara las más señaladas muestras de distinción y confianza, llegando á ser una de las personalidades de más alta consideración en los asuntos de gobierno.

Señal de distinción y de confianza singular fué haberle encomendado el Presidente de la Unión la jefatura de la estensa 11.<sup>a</sup> Zona militar, compuesta de los tres Estados marítimos que forman este extremo oriental de la República.

Excepcional es, en verdad, la situación de esta Zona. Casi segregada del resto de la Nación, reclama de los poderes federales una asistencia especial, y nadie más apto para impartirla que el generoso soldado en quien concurrían equiparadas las dotes políticas y militares más relevantes.

Así lo demostró, para bien de los tabasqueños,

á los comienzos de su jefatura. Desatadas las pasiones políticas en esta nuestra carísima tierra; desconcertada la administración pública; amenazada nuestra sociedad de espantoso desquiciamiento, tocó al Jefe de la 11ª Zona venir á poner orden y paz entre nosotros; á restaurar el prestigio de la autoridad, más que desconocido, burlado; á reconstituir lo que la anarquía había disuelto, y por obra tan complexa como trascendental, debémosle gratitud inacabable los hijos de este suelo. No que él procediera por igual amor á todos los tabasqueños; hombre era y pasiones humanas le movían. Aparte de que en Tabasco amaba lo que en él había encontrado de patriotismo en días de cruenta prueba, que no fué poco; aparte de que amaba nuestra ruda franqueza y la sinceridad de nuestros extravíos mismos, sentíase atraído hácia aquellas de nuestras agrupaciones políticas en quien consideraba vinculadas las más genuinas aspiraciones del partido liberal. Y justamente su gran mérito, su mérito indiscutible de hombre de Estado, estriba en que sus personales simpatías no fueron parte, y si lo fueron, en grado poco perceptible, á dar solución á las gravísimas dificultades políticas con que aquí se luchaba. No fué, pues, no pudo ser apasionada aclamación de una bandera la que en la Legislatura de 1884 resonó, por la voz del Diputado Ghigliazza, pidiendo para el eminente General Baranda la declaración de Ciudadano distinguido del Estado; no fué, no pudo ser aplauso de parciales, la ley que tal iniciativa sancionara; como no fué, ni pudo ser homenaje de adulación el que la Legislatura de Campeche adjudicara el glorioso título de Benemérito, al ciudadano que con su bravura y su pericia diera auto-

nomía al pueblo campechano. Si así no fuera, la virtud sería facciosa.

No hubo campo, Señores, en que la sabiduría del Gobierno federal no utilizara las aptitudes de nuestro encomiado repúblico. Más de una delicadísima misión fué confiada á su prudencia. Dos años hace hoy apenas que efectuó aquel viaje de exploración á las costas orientales de Yucatán, á bordo de la cañonera "Independencia," que lo puso en la necesidad de visitar la colonia de Belice. El 18 de Julio de 1889, día del mayor de nuestros duelos, penetró en las aguas de aquel puerto, no con la bandera al tope, no haciendo ejecutar á nuestros cañones el saludo de cortesía internacional, sino aquella caída á media asta y mudos los costados del "Independencia." Así cumplía á los fueros de la integridad de la Patria.



Os he cansado, Señores, y yo mismo no puedo más; pero cuando hay una sola oportunidad de decirlo todo, todo debe decirse esa vez, siquiera á riesgo de hacerse imposible.

¿Por qué, preguntareis, el que nació Pedro Sainz de Baranda, no fué andando los tiempos sino Pedro Baranda, á secas? Glorioso era su patronímico, y ¿quién renuncia á un nombre glorioso? ¿Justificaríalo la profesión de credo distinto? No, que el vencedor de Ulúa fué liberal y republicano como los mayores de su época. Y aun cuando no lo hubiera sido, había nobleza de sobra en el alma del hijo, para que hubiera podido tener en menos el nombre de sus mayores por discordancias políticas ó religiosas. Éra que el nombre

Sainz de Baranda sonaba al vulgo con deajo aristocrático, y quien por entero se había dado á la causa de la democracia, mal podía consentir en que de ella lo apartara el uso de unas cuantas letras más en su apellido. El sabía de donde venía, y sabía á donde iba: venía de la gloria, que es su padre, é iba por el camino del honor, á la inmortalidad donde su padre vive.

Fiel trasunto de las virtudes de su abolengo, ni le engrió la prosperidad, ni los reveses le amilanaron. Como las almas superiores, sentíase por encima de los caprichos de la suerte, y á todos los vientos sonreía, ya que trajeran en sus alas el rayo que extermina, ora las embriagueses de la felicidad. La Fortuna no alcanzó el triunfo de burlarlo: que si plácido y contento lo contempló gobernando pueblos, no lo encontró ceñudo cuando, retraído en un rincón de México, rodeado de unos cuantos amigos de desgracia, parecía como si no hubiera sido parte en los trascendentales acontecimientos recién consumados. Avezado á todas las vicisitudes de la vida, era el mismo en su puesto de combate, frente al cañón enemigo, que absorto en sus éxtasis poéticos, contemplando el tumulto de las aborregadas olas de Lerma, desbaratándose en la playa en vellones de espuma.

Fué casi un estóico: faltóle para serlo verdadero poner semblante adusto á los goces del vivir y buscar las torturas para hacer gala de superarlas. Su estoicismo consistió en la imperturbable conformidad con que acogía los sucesos de la vida, vinieran como vinieran.

¿Tuvo enemigos? No es la hora de inquirirlo. Sería sí fenómeno por todo extremo sorprendente que se hubiera contado exento de malquerencias

quien vivió todo linaje de actividades cívicas, en el acento más enérgico de que son susceptibles; quien militó bajo las banderas de parcialidades políticas en conflicto; quien hizo pública profesión de convicciones y sentimientos; quien cohibió ambiciones y aplastó alevosías. Milagro fuera que un hombre así no se suscitara rencores. En cambio, ¿quién, en presencia de los homenajes que muerto se le tributan aquí y en Yucatán y en Campeche y en la República entera, osaría poner en duda que dejó por todas partes amistades y adhesiones?

Precisamente lo que más caracterizó su temperamento fué la manifestación casi explosiva de sus afecciones ó antipatías. Para el que se ganaba aquellas, su cariño llegaba hasta el enternecimiento, que se dilataba por su semblante y se vertía en el efluvio acariciador de su mirada; mas ¡ay! del que provocara sus iras: era el relámpago en sus pupilas, la cólera en los contraídos músculos del rostro, el oprobioso denuesto en su trémula boca. Por eso fué querido y temido; que como la abeja, atesoraba miel sabrosa para sus amigos; en tanto que reservaba á sus adversarios el emponzoñado aguijón.

No, no fué, Señores, de los que á las energías del odio responden con la altiveza del desdén. En ese punto, practicaba la máxima del ojo por ojo y diente por diente. Mas nunca hirió al enemigo rendido; rendírsele era desarmarlo por completo, era convertirlo de súbito en el amigo más apasionado. Las almas generosas no se mueven de otro modo.

Delicado hasta la nimiedad, correcto hasta el atildamiento, celó su personalidad de todo conato de agresión que pudiera desestimarla, y el punto

de honor fué para él ley de imperdonable observancia, á la que pagó acatamiento más veces, acaso, de las que la justa necesidad reclamaba.

Las agitaciones en que discurrió su juventud no le dieron tiempo de atender á los reclamos de su corazón sensible y amante de lo bello; mas tuvo la fortuna de no verse privado de saborear los intensos egoísmos de la paternidad, en sus formas más acentuadas: saboreólas en el amor que profesó al hermano encomendado á su guarda y en el amor á los hijos de ese hermano, que crecieron al vivífico calor de sus caricias.



Señores: Todo perece; las ruinas mismas no están exentas de tan desconsolador destino, *Etiam periere ruinae*, dijo el poeta; la obra del hombre como la de Dios. Pereció el Parthenón, maravilla del creador genio griego, y esos soles, hoy rutilantes y deslumbradores, eterna juventud de los cielos, rodarán á su tiempo, cual inmensos carbones apagados, por los abismos del tenebroso espacio.

Todo perece: nuestra personalidad misma, conciencia del ser, vive muriendo: “el tiempo, dice Pascal, amortigua nuestras aflicciones y querellas, porque cambiamos y llegamos á ser como otra persona.” ¿Será, pues, la nada nuestro postrer destino?.....

No, Señores, mil veces no; que lo contradictorio fuera entonces posible; que el ser y el no ser podrían verse confundidos en un punto dado y en una pura negación. No, Señores; eso sería la ve-

rificación del absurdo. Perezcan las formas, desvanézanse las apariencias; pero el hombre, esto del hombre por lo que vive en el pasado y se asocia al porvenir; esa facultad inmanente por la cual se siente vivir aun fuera de sí mismo, en todos los espacios, y en todos los tiempos, eso, alma ó célula, no importa el nombre, eso no perece, eso no muere. Y si el hombre tuviera por suerte definitiva el aniquilamiento, ¿qué sería entonces Dios?.....

Vano fantasma flotante entre dos abismos: el olvido y lo ignorado.

No; la idea del perecimiento completo no cabe en nuestra concepción, y ni siquiera nos conformamos con el parcial, la muerte en la memoria. Contra ella nos revelamos, y por cuantos medios puso la naturaleza á nuestro alcance, por cuantas manifestaciones ó maneras de ser tiene la vida, ansiamos sobrevivirnos, ansiamos que sobreviva cuanto amamos y cuanto consideramos digno de no dejar de vivir. Y esa aspiración intensa, honda, permanente y fecunda del espíritu humano, ha creado el libro que resucita, el monumento que perpetúa, la estatua que inmortaliza, la apoteosis que deifica.

Libro, monumento, estatua y apoteosis halle en la gratitud de sus compatriotas el General Pedro Baranda, para que el culto de su memoria sea perenne inspiración de honor y patriotismo.

Pálido, incorrecto, desprovisto de interés, lo comprendo, Señores, es el relato de los merecimientos que del preclaro varón á quien estos honores póstumos consagramos, acaba de haceros mi lengua torpe y balbuciente; otros, por fortuna, han sabido colmar nuestros votos. Mas yo os digo que



hay un elogio con mucho superior al que el mayor de los oradores pudiera pronunciar; elogio que está al alcance de todos, que cada ciudadano puede realizar en la medida de sus fuerzas, ¿en qué manera? Imitando las virtudes cívicas del ilustre difunto.



ODX.



## ODA

Por Eutimio Enríquez.

—...—

¿QUÉ lejano rumor llega á mi oído  
De los aires en ráfaga violenta?  
¿Es acaso el fragor de la tormenta  
O el agudo y monótono silvido  
De ardiente plomo en la batalla cruenta?  
Escuchad, escuchad! ¿no es un gemido?.....  
¿Qué significa el lúgubre aparato  
Que tengo ante mis ojos imponente,  
Con muda pompa que mi pecho oprime;  
Y esa voz de dolor que derrepente,  
Ahogada por la pena  
Entre las sombras gime,  
Turvando de la noche indiferente  
La magestad serena?  
¿Por qué ese luto que la Patria viste,  
Por qué ese abatimiento en su semblante,  
Y ese ¡ay! de dolor que exhala triste,  
Como la madre amante  
Que inconsolable llora  
Al hijo á quien adora,  
Y que ya solo en su memoria existe?

¿Quién ha muerto, decid, ¡ay! quién ha muerto,  
Que todo miro de crespón cubierto?

¿Qué causa tu pesar y tu agonía

Oh! Patria de varones

Y esforzados campeones,

Que hicieran sucumbir la tiranía

En épocas de duelo

Y de fatal memoria

Que cubre negro velo

En las páginas bellas de tu historia?

Ah! de la Parca, ahora, inexorable

La destructora saña

Que todo lo extermina,

Quiso cebarse, cual el rayo ardiente

Feroz en la montaña;

En la elevada y corpulenta encina.

Y de tu seno maternal le plugo

Un hijo arrebatarte,

Digno émulo de Marte.

Cuando aun de tus ojos no has podido

Secar el lloro amargo

Por los últimos hijos que has perdido.

Eso causa tu duelo lastimero

Por eso lloras . . . . . sí: bien lo merece

Quien llega como él, al fin postrero.

Fresco el laurel sobre su tumba crece,

Regado con tu llanto es más hermoso.

Llora, llora, que el llanto cariñoso

Es sincero homenaje y es tributo

Con que pagar anhela

El alma agradecida

El afán del varón que se desvela

Por tu gloria y tu honor, Patria querida!

Allí está del que fué la imagen muda,

Muda la augusta sombra prestigiosa,

Ante la cual, la gratitud postrada  
Al heroísmo y la virtud saluda.  
Ved, allí está su efigie inanimada;  
Mas la mente le palpa y le concibe,  
Y entre nosotros vive  
Y vivirá en la historia  
Con el brillo esplendente de la gloria.

No muere, no; que vive eternamente  
Con la vida intangible de la idea  
Quien de ella apóstol en la vida sea.  
No es muerte, no; transformación es solo;  
El paso de una vida á otra vida  
No es volver á la nada,  
Es pisar de otro mundo los umbrales  
Y llegar á la gloria deseada  
A vivir una vida de inmortales.

No es muerte, no, transformación, de cierto,  
Lo que en tu ser naturaleza opera;  
Los hombres como tú jamás han muerto,  
Hay otra vida más que los espera!

Mas ¡ah! perdona si mi torpe labio,  
Que con fúnebre acento te saluda,  
En vez de saludarte te hace agravio;  
Perdona sí, la gratitud me escuda.  
Ella sola mi canto  
Inspira hoy, y mi lenguaje rudo  
Nada podrá decirte, porque el llanto,  
Como el dolor, es mudo!



SONETO.



## SONETO

Por Gabriel Virgilio Contreras.



**N**O fúnebre ciprés, no acerbo llanto  
Ofrendeis á los hijos de la fama,  
Que sobre el nombre que la Historia aclama  
Jamás la muerte tenderá su manto.

El dolor refrenad; que mientras tanto  
De noble patriotismo arda la flama,  
Los laureles darán frondosa rama  
Al gran patricio que enaltezco y canto.

No ha muerto el prócer; porque no es la suerte  
De la alta frente por la gloria ungida  
Bajo el terrible golpe de la muerte  
Caer entre las sombras confundida;  
Que para el héroe en vida se convierte  
Lo que parece anonadar la vida.



